

su opinión. Mientras no esté obligado materialmente, no me dejo influir por los errores ni los caprichos ajenos; mientras pueda hacerlo, subordinaré mis actos á mi propia razón. ¿Me dice usted que nada quiere ya en el mundo? Pues bien, yo tampoco: todo lo que reclamo es mi libertad interior.

—Sí, sí—murmuró Schróetter—conozco esa tendencia moral mejor de lo que usted cree: cien veces los fakires indios la han puesto en práctica ante mis ojos. La creo falsa: la libertad interna es una quimera; nuestras decisiones íntimas, las más libres, son producidas por causas exteriores ignoradas, por nuestras cualidades nativas, por el estado de nuestro cuerpo, por movimientos nerviosos inconscientes, por lo que vemos, oímos, leemos ó aprendemos. Subordina usted sus actos á su razón; pero esta misma queda sometida á fuerzas é influencias que no dependen en ningún modo del «yo» de usted, pensante y voluntario. Esto basta. Quiere usted llevar una existencia de fakir y romper todo lazo entre usted y la humanidad; es una manera como otra cualquiera de llegar á la felicidad, es decir, á la satisfacción y al objeto de la vida; lo esencial, cuando se quiere llegar á ser fakir, es no obrar á lo aturdido y saber exactamente lo que se quiere, lo que se busca y aquello á que se renuncia. Mi estimación le queda á usted adquirida.

La puerta del salón se abrió sin ruido; la india apareció, y con una graciosa inclinación de cabeza dirigió al doctor algunas palabras en su lengua armoniosa.

Schróetter se levantó.

—La comida está servida—dijo.

Pasaron al comedor, que, según las costumbres

del país, no se distinguía por nada de particular. En medio de la mesa había un gran ramo sobre un hermoso jarrón indio de plata incrustado de rubíes; era el único lujo de aquella mesa de soltero, donde no se veía ni vino ni bebida alguna alcohólica; Schróetter no bebía más que agua, y sabía que Guillermo participaba de su gusto. Bhâni, así se llamaba el ama de llaves india, permanecía un poco detrás de su amo, fijos en él los ojos; llevaba los platos al servidor de cabellos blancos y los entregaba á Bhâni con una reverencia; ésta los ponía delante de Schróetter, los quitaba cuando traían otros y escanciaba el agua al doctor. Era un servicio silencioso, lleno de atenciones delicadas y que hacía casi el efecto de una adoración; Bhâni no parecía servir á un mortal, sino celebrar un sacrificio en un templo; de tal modo su noble semblante reflejaba el respeto y la unción.

Mientras un plato de *curria* esparcía su perfume oriental por la habitación, Schróetter volvió á hacer uso de la palabra.

—Dígame usted; mi querido Eynhardt; ¿cómo ha llegado usted á ese desprecio del mundo tan semejante al de los fakires?

—Perdone usted—interrumpió Guillermo;—esa expresión no me parece absolutamente exacta: no desprecio el mundo; le considero sencillamente como una apariencia desprovista para mí de valor, y detrás de la cual busco lo que es realmente.

—Yo sé muy bien lo que me digo: no discutimos en un aula de escuela; hablamos á manteles puestos; no trato, pues, de emplear la correcta jerga de los filósofos de oficio. Su desprecio de usted por la apariencia, por la cual entiende usted el mundo entero, y su aspiración hacia la realidad, de la cual nada sabemos, bien puede calificar todo

eso de desprecio del mundo. Pues bien; no lo admito más que en dos casos: primero, en los adolescentes, que no tienen todavía la experiencia de la vida, y precisamente en las naturalezas más nobles y más vigorosas; tienen instintivamente conciencia de su vitalidad, y se les sube á la cabeza la fuerza orgánica que fermenta en ellos; se sienten de tal modo superiores al fenómeno del mundo, que le desprecian, que quisieran provocarle con toda formalidad á un combate singular, y que se creen seguros de la victoria. Luego, en los seres débiles, que sienten claramente que son incapaces de ejercer influjo sobre este fenómeno; éstos, al no encontrarse en estado de asimilárselo en sus sentidos ni en sus órganos, se apartan de él con aire de enfado; en una palabra, es la fábula de la zorra y las uvas. Así, pues, un exceso ó una insuficiencia del «yo»; tales son á mis ojos las causas del desprecio del mundo. En usted, ninguna de las suposiciones tiene razón de ser; no es usted ni bastante joven ni bastante inexperto para el primer caso, y está usted demasiado bien dotado para el segundo; es usted de un vigor ordinario, tiene buena salud; es usted notablemente hermoso de cuerpo y de figura; está usted en la edad más poética, en una buena situación material. Insisto otra vez: ¿de dónde procede ese desprecio hacia el mundo?

—Yo mismo no lo sé á punto fijo. La causa primera estriba acaso en la costumbre que contraje niño aún, en Rusia, de considerar como bárbaros á los que me rodeaban, y de no estimarlos como individuos.

Schröetter meneó la cabeza.

—Yo también he vivido durante veinte años en medio de una raza esclavizada y degradada, y he aprendido, no á despreciarla, sino á amarla.

—Quizás también he heredado esto de mi madre, que vivía apartada del mundo y era casi mística.

—¿No son más bien sus lecturas de usted? ¿Ese dichoso Schopenhauer?

Se sonrió Guillermo.

—Soy ciertamente un admirador de Schopenhauer, aunque su explicación del misterio del mundo por la voluntad me parece poco seria. Me ha impresionado mucho lo que dice de las ideas directoras del budhismo.

—Me lo estaba figurando: ¿*maja*? ¿*nirwana*?

Guillermo hizo signos de aprobación.

—¡Todo eso no es más que una farsa vulgar!—exclamó Schröetter con tal violencia, que Bháni, que no le veía nunca colérico, le miró asustada.—La farsa más vulgar que jamás se haya imaginado con ayuda de las palabras. Conozco la India: he hablado sin cansarme acerca de estas cosas con sabios *panditas*, y he hecho que me expliquen á fondo las ideas de *maja* y de *nirwana*; es inconcebible hasta qué punto se pueden emplear mal las palabras, como se hace en Europa á propósito de éstas; el *nirwana* no es, como parecen creerlo los budhistas europeos, la nada, la cesación de la conciencia y del deseo, sino, por lo contrario, la conciencia elevada á su más alto grado, la expansión de la existencia individual en la existencia universal. El sabio indio piensa de este modo: el egoísmo más limitado sólo siente interés por su propio «yo»; según la medida en que sale de sus límites, el círculo de su interés se amplía; se interesa por un cierto número, cada vez más amplio, de cosas, de seres y de fenómenos, tanto como por sí mismo; hace, pues, de ellos partes componentes de su propio «yo», y e to puede llevarse tan lejos, que su in-

terés abarque el universo entero, el grano de arena y la estrella fija más lejana, la hormiga y los habitantes de Saturno, como su propio estómago ó las uñas de sus pies. De este modo el universo entero llega á ser una parte del «yo»; el deseo cesa evidentemente, puesto que se ha asimilado uno á sí mismo el fenómeno del mundo, y que nada queda por desear fuera de sí mismo. La conciencia del «yo» cesa igualmente en el sentido de que no se siente ya en oposición con el «no yo». Este *nirwana*, este grado superior de la perfección humana, no es, pues, ya usted lo ve, la nada, sino el todo; no es la inmovilidad, sino el inmenso é incesante movimiento de la vida universal; no es la indiferencia hacia el fenómeno y la apariencia, sino la más amplia participación en todo lo que es; no es por la apatía y por la indiferencia como se llega al *nirwana*, sino por un trabajo intenso; no es encerrándose en su «yo», sino, por el contrario, saliendo de él. El *nirwana* real de los *panditas* es, pues, todo lo contrario del de ese dichoso Schopenhauer, tan admirado por usted.

—¿Cómo entonces el fakirismo, con su inacción y su renunciación al mundo, puede proceder de esta acepción del *nirwana*?

—El fakirismo se basa sobre una equivocación; el sabio indio cree que el perfeccionamiento del espíritu se consume por sí solo, y que la actividad corporal lo entorpece y lo perjudica; en consecuencia, para que el espíritu pueda dar la suma completa de su trabajo; para que pueda ampliar cada día más el círculo de su interés, asimilarse cada día más el fenómeno del mundo, es preciso que el cuerpo esté en reposo; el vulgo ha creído, pues, con su inteligencia grosera, que para llegar al *nirwana*, es decir, á la santidad, no había que

mover ni el dedo meñique, ni aún para alimentarse.

Mientras Guillermo reflexionaba sobre este nuevo punto de vista, Schróetter continuó:

—Créame usted; la verdadera sabiduría no se encuentra ni en el proceder del fakir ni en el del hombre mundano, entregado en cuerpo y alma á las vanidades. La verdadera sabiduría, á mi juicio, consiste en no estimar ni despreciar el mundo; existe, y todo lo que existe merece que nos interese en ello. No hay que hacer un caso exagerado de sí mismo, sino hacer de los demás tanto caso como de sí propio; debemos continuamente deciros que somos seres efímeros y sin significación duradera para el mundo; pero que en este sér efímero obran fuerzas eternas, las mismas fuerzas eternas que hacen girar la tierra alrededor del sol y que han perfeccionado la célula primitiva hasta el punto de hacer de ella un Newton ó un Góethe, y que del mismo modo que obran en nosotros, obran en los demás hombres y en todas las cosas. No seamos demasiado individualistas, porque no somos sino una parte de un todo, al cual nos ligan, sin que de ello tengamos conciencia, millares de lazos; y no seamos demasiado orgullosos hacia nuestros semejantes, puesto que, como ellos, somos esclavos de las leyes ignoradas del desarrollo universal, á las cuales la humanidad entera se ajusta en un momento dado.

Esta conversación de sobremesa había casi hecho olvidar á Guillermo su aventura con Pechlar; volvió á pensar en ella cuando, hacia las tres, de vuelta á su casa, encontró á Pablo, que tenía la costumbre de ir todos los días á aquella hora.

—¿Qué hay de nuevo?—le preguntó alegremente este último.

—He ido hoy á casa de la señorita Ellrich para romper definitivamente.

—¡Muy bien!

—Sí, pero no lo he logrado.

Contóle lo que le había pasado. Pablo, petrificado al pronto, saltó del sofá cuando hubo terminado su relación, y le dijo:

—¿Espero que vas á provocar á ese bruto?

—No—dijo con calma Guillermo.

—¡Cómo!—exclamó Pablo poniendo las manos sobre los hombros de Guillermo, y sacudiéndole nerviosamente.—¿Hablas en serio? Eres oficial, has sido estudiante; no vas á quedarte tan fresco con ese insulto.

Guillermo se desasíó y trató de hablarle razonablemente; pero Pablo no quería oírle, y le gritó, con el rostro encendido por la cólera:

—¡Y delante de ella, además! Debes al honor de esa joven, ya que no al tuyo, el corregir á ese danzante; no has de querer pasar por un cobarde á los ojos de una mujer.

—¡Valiente lógica!

—Déjame en paz con tu lógica y tu filosofía y todas esas pamplinas. Yo no soy un lógico, sino un hombre; como hombre siento las injurias y trato de romper la crisma á mi ofensor.

—Vamos, no te sulfures y déjame decir una palabra: puesto que quiero romper con la señorita Ellrich, no puedo al mismo tiempo batirme por ella.

—Sería caballeresco.

—Sería locura; figúrate esta comedia: he herido ó matado á mi adversario; vuelvo del lugar del desafío, y la joven que ha sido la causa de esta lucha sangrienta quiere ofrecermelo el galardón de la victoria; pero yo la digo: «¡Muchas gracias, her-

mosa dama; no reclamo nada!» Y la abandono inmediatamente, como en la balada. (1).

Asintió Pablo, y dijo:

—¡Sea! No será por ella; pero es preciso que te batas, y...

Se detuvo de pronto, y continuó con tono resuelto:

—Si tú no le provocas, le provocaré yo.

—¿Estás loco?

Pablo replicó que tenía el derecho de hacerlo; su ira iba en aumento; se obstinaba en su idea, y Guillermo tuvo que predicarle durante horas enteras para conseguir que considerase las cosas de una manera más sana; tomóse el trabajo de explicarle largamente sus opiniones; de demostrarle que la verdadera cobardía consistía en acatar estúpidos convencionalismos por temor al juicio de gentes indiferentes. Durante mucho tiempo todo fué en vano; las violentas objeciones de Pablo sólo cesaron cuando Guillermo le hubo dicho con un tono serio y triste:

—Si después de todo lo que te acabo de decir no te has convencido de que no puedo obrar de otro modo, tendré el dolor de confesarme que nuestra amistad es el resultado de una larga costumbre y no de una comunidad de ideas.

—Si pones en tela de juicio nuestra amistad—murmuró Pablo—entonces, sea; no he dicho nada; pero no me sacarás de la cabeza que una opinión que obliga á un hombre á no dar señales de vida después de una injuria por el estilo, es una enfermedad.

La crisis distaba mucho de haber sido domina-

(1) : «El Guante», de Schiller. (N. del T.)

da. Al día siguiente, por la mañana, antes de que Guillermo hubiera salido, un teniente de un regimiento de hulanos de la Guardia, de guarnición en Potsdam, se presentó en su casa portador de un reto del señor de Pechlar; ni siquiera aceptó la silla que le fué ofrecida, sino que permaneció de pie, y cumplió su misión en breves términos; y con el tono más despreciativo que pudo, dijo que el señor de Pechlar había esperado todo el día; pero al ver que el señor Eynhardt no daba señales de vida, aquél se decidía sin más tardar á pedirle reparación; los padrinos decidirían quién era el ofensor y á quién se dejaría la elección de armas. Guillermo miró con calma al oficial y le declaró que no sentía el menor deseo de habérselas para nada con el señor de Pechlar.

—¿Es usted oficial de la reserva?—le preguntó el teniente con tono despreciativo.

—Sí.

—Ya puede usted figurarse que vamos á dar cuenta de esto á su regimiento.

—Pueden ustedes hacerlo.

El teniente afianzó su monóculo en el ojo derecho; contempló fríamente durante algunos segundos á Guillermo; escupió luego ante éste con un aire de profunda repugnancia: dió ruidosamente media vuelta, y marchóse sin saludar, haciendo resonar las espuelas y arrastrando el sable.

¡Oh, qué difícil era domar la fiera que se agitaba dentro del pecho! ¡Con qué furia tiraba de su cadena! ¡Qué brincos daba para arrojar sobre el teniente y clavarle sus garras en el cuello! Pero Guillermo dominó esta nueva rebelión de sus instintos, y permaneció en calma; sintió por ello una satisfacción grande, y se dijo que no se hubiera quedado tan contento de sí mismo si hubiera ven-

cido á una docena de enemigos en combate singular.

Tres días después recibió una carta invitándole á presentarse á las cuarenta y ocho horas, á las once, ante el coronel del regimiento 62.º, de guarnición en Horn. Se puso en camino al día siguiente por la noche, y á la hora indicada fué introducido en el despacho del coronel donde encontró además á su antiguo capitán, ascendido á comandante, que recibió á Guillermo con gran benevolencia y le tendió la mano. El coronel se contentó con contestar á su saludo con una inclinación de cabeza, y le indicó con el gesto un asiento.

—Creo que supondrá usted que le he mandado llamar á causa de su asunto con el teniente de Pechlar, dijo:

—Sí, mi coronel.

—Cuénteme usted lo que ha pasado.

Obedeció Guillermo; cuando hubo terminado, siguió un momento de silencio, durante el cual el coronel y el comandante cambiaron una mirada.

—¿Y no quiere usted batirse?—preguntó el primero.

—No, mi coronel.

—¿Por qué?

—Porque se oponen á ello mis principios.

El coronel miró de nuevo al comandante, luego á Guillermo y replicó:

—Si me tomo la molestia de tratar del asunto con usted fuera del servicio, es gracias al señor comandante, que le ha defendido á usted calurosamente.

Guillermo se inclinó ante el comandante.

—Sabemos que no es usted un cobarde; se ha conducido usted en la guerra con bravura y precisamente por eso nos llena usted de aflicción. Es

usted un cerebro chiflado; el haber rehusado la cruz de hierro, á la que aspira todo soldado alemán, lo prueba. Nos disgustaría tener que adoptar una medida, cuyo alcance usted no penetraría seguramente, y que puede anular toda su carrera de usted. No le hablo á usted en este momento como coronel, sino como un hombre que pudiera ser su padre de usted: créame usted, cumpla usted con su deber de honor.

—Me es imposible seguir ese consejo, mi coronel—replicó Guillermo en voz baja, pero firme.

Comprendió con pena que la respuesta se le había escapado con más brutalidad de lo que hubiera querido: pero no podía tampoco hacer en aquel momento una larga exposición filosófica á aquel coronel, que, aunque excepcionalmente afable y bueno, no dejaba de ser un veterano prusiano.

—Hemos hecho más de lo que debíamos, señor comandante—dijo el coronel. Y volviéndose hacia Guillermo:

—¡Gracias, caballero!...

El comandante hacía como que miraba por la ventana; Guillermo tuvo que retirarse sin haber siquiera podido darle las gracias con la mirada; pero advirtió con satisfacción que aquella vez le había sido interiormente fácil confesar sus opiniones, y que el único momento para él penoso había sido aquel en que había visto la aflicción que causaba al comandante. Poco despues, el *Militär Wochenblatt* (*El Semanario militar*) publicó lacónicamente su radiación de los cuadros, lo que no le produjo efecto alguno, y eso que sabía que aquella radiación equivalía á una nota de ignominia á los ojos de la mayoría de sus conocidos. Por el contrario, la cosa fué extraordinariamente sensible para

Pablo Haber, que evitó hablar de ello á Guillermo; pero se notaba en su aire apenado, en las afectuosas solicitudes que tenía para con Guillermo, y en sus atenciones delicadas, en sus visitas más frecuentes y más largas, que creía deber su asistencia á su amigo en aquella gran desgracia. Guillermo le conocía como si fuese él mismo; sabía lo prudente y práctico que era, y cuánto el trato frecuente con un oficial de la reserva borrado de los cuadros podría serle perjudicial á los ojos de los oficiales y de las personas influyentes y ricas con las cuales estaba relacionado. Apreciaba en toda su importancia el verdadero heroísmo que Pablo debía desplegar, á pesar de sus aprensiones, para permanecerle tan fiel. Guillermo no necesitaba de esta caridad; pero el que se la hacía corría el riesgo de empobrecerse, y le estaba profundamente agradecido.

Se había creído obligado á ir por última vez á casa de los Ellrich para despedirse en toda regla de Loulou y de su madre. Le respondieron en la portería que la familia había salido para Herigsdorf; en estas circunstancias, Pablo no creyó necesario decirle que sabía por la señorita Mærker que la familia Ellrich estaba escandalizada por su cobardía, y que habían resuelto, antes de su marcha, no volverle á recibir. Guillermo hizo entonces lo que había querido evitar: escribió á Loulou una carta breve y digna, en la que le pedía perdón por haber tardado tanto tiempo en leer en su propio corazón; la decía que la lucha había sido penosa y dolorosa, pero que al fin no había podido ocultarse á sí mismo que sus naturalezas eran demasiado discordantes para poder vivir mucho tiempo en buena armonía; que, á pesar de esto, le agradecía el haberle procurado los más hermosos días de su

vida, las emociones más dulces y profundas que jamás habían removido su sér, y le aseguraba que este recuerdo constituiría un tesoro incomparable en su existencia; á la vez le enviaba el retrato que ella le dió. No obtuvo contestación á su carta; no supo que había producido una pésima impresión, y que, sin la intervención de Loulou, igualmente herida, pero más inclinada al perdón, la señora Ellrich le hubiera contestado que hallaba muy extraño que se diera el tono de romper con su hija, cuando era él mismo el despedido. El señor de Pechlar pasó una licencia bastante larga en Heringsdorf, y en Septiembre anunció en la *Gaceta de la Cruz* su toma de dichos con la señorita Luisa Ellrich; el matrimonio se celebró, con gran pompa, durante el invierno.

La ruptura de sus relaciones con Loulou dejó en la vida de Guillermo un vacío mucho más grande de lo que hubiera creído. Hasta entonces, en sus numerosos ratos de enternecimiento y de esperanza, había visto ante él un punto fijo en que convergían sus planes de existencia, y hacia el cual tendían todos sus pensamientos, semejantes á los navíos que se dirigen hacia un puerto lejano, pero seguro. Ahora, aquel objeto había desaparecido como un faro que se apaga ó como una isla volcánica que se hunde en los abismos del mar; y cuando pensaba en su porvenir, le parecía como un mar gris y desierto, en el crepúsculo, sin forma, sin límites, sin volumen, sin movimiento. Hasta sus dudas dolorosas, sus vacilaciones, los choques entre su razón y su amor, habían llegado á ser para él una lucha que había roto la monotonía de sus días y poblado los ensueños de sus noches. Si hacía ya año y medio su amor había dejado de ser una felicidad tranquila, ó siquiera un deseo bien defi-

nido, había seguido siendo una ocupación de su alma; y ahora le faltaba aquello. Volvióse más taciturno que antes; sus mejillas perdieron su fino carmín juvenil y ofreció en absoluto el aspecto del amante desesperado, tal como lo representa la literatura clásica. Sus amigos, sin embargo, no se burlaban de él: le trataban con tanta solicitud y ternura cual si hubiera sido una damisela atacada de melancolía. Pablo, que reemplazaba al profesor de química agrícola, que había caído enfermo, estaba muy ocupado desde la apertura de los cursos; sin embargo, todos los días iba á buscarle para dar una vuelta por el Thiergarten, y entablaba con resignación largas disertaciones filosóficas, que seguramente no eran de su agrado. El doctor Schrötter tenía rara vez, durante el día, tiempo de sobra, pero por la noche Guillermo tomaba casi siempre el té en su casa.

¿Estaba Bhâni al corriente de su historia? ¿Adivinaba con su perspicacia femenina que su aire sombrío provenía de un amor desgraciado, que siempre suscita en las mujeres una vivísima simpatía? Sea de ello lo que fuere, imaginaba para con él toda clase de solicitudes, y sus miradas expresaban una compasión casi exagerada. Una noche de invierno humeaban las tazas de té sobre las mesitas del salón indio y esparcían un olor delicioso; un agradable fuego de leña, aunque falto del color local propio de los trópicos, chisporroteaba en la chimenea. Bhâni, sentada en un rincón del diván, tenía, como de costumbre, los ojos fijos en su amo, tratando de adivinar sus menores deseos y de prevenir sus órdenes. De pronto Schrötter, haciendo un esfuerzo, puso el dedo en la llaga de Guillermo, cosa que hasta entonces había evitado.

—Amigo Eynhardt—le dijo,—ya es hora de recobrar ánimo. Sufre usted todavía continuamente, y en lugar de luchar contra los sueños pasados, se abandona usted á ellos sin resistencia.

Guillermo bajó la cabeza.

—Tiene usted razón; es estúpido; porque en el fondo siempre he tenido la convicción de que no amaba bastante á esa joven para hacer de ella el punto central de mi vida.

—¡Vamos! Estaba usted mucho más enamorado de lo que creía. Pero siempre es así: el instinto humano, ó, si usted prefiere, el instinto animal, es poderoso hasta en las naturalezas tímidas y menos apasionadas, y la vista de la primera muchacha que pasa transporta nuestros sentidos en una agitación ante la cual la razón pierde todos sus derechos. Cometemos con frecuencia en este estado de anarquía interior errores muy peligrosos, que necesitan toda una vida para ser expiados; por eso desconfío siempre mucho de un primer amor; es preciso que se me demuestre primero que se dirige con efecto al individuo designado, y que no es la explosión de una inclinación innata hacia el otro sexo en su conjunto. El primer amor de usted, mi pobre Eynhardt, entra seguramente en esta categoría: su juventud monástica se ha vengado de usted; pero como la razón ha vuelto á tomar las riendas, pronto se apaciguará la rebelión de los instintos.

—Así lo espero.

—Estoy seguro; el fin de estas crisis es poco dudoso, y es difícil tomar en serio las penas de amor, aunque sean dolorosas mientras duran; es la enfermedad más ruidosa y, sin embargo, la menos peligrosa de todas; el paciente se cree perdido, y no siempre el médico puede reprimir una sonrisa,

porque sabe que el mal recorre un ciclo y que se detiene á una hora fija, como un péndulo al que se le acaba la cuerda. Acelera la cura si logra persuadir de esto al enfermo.

Callóse un instante, y se quedó sumido en sus reflexiones; luego, levantándose de pronto, dijo:

—Voy á leerle á usted una historia de enfermo que se asemeja á la suya; no hay nada más interesante que una descripción clínica de este género.

Bhâni se había levantado del diván y se preparaba á prevenir su deseo, cuando, con una palabra, Schrötter declinó sus servicios y penetró en su despacho; al poco rato volvió á salir, llevando un infolio encuadernado en cuero con filetes de cobre.

—Es mi diario—dijo.—Tengo la debilidad de redactarlo desde la edad de dieciséis años. Llevo ya tres volúmenes escritos, y he comenzado el cuarto al volver á Alemania. Oiga usted; y si le dieran ganas de reírse, no se contenga usted; yo le imitaré.

Hojeó un momento el infolio, y comenzó luego á leer: era la historia de su primer amor, narrada con sencillez, pero de una manera un poco prolíja. ¡Oh! ¡Una novela bastante trivial! Relaciones entabladas en el teatro con la hija de un librero de la corte, á cuyo lado estaba sentado; encuentros en la calle; luego, presentación á la familia y noviazgo; la revolución del 48 estalla; emociones de otro género distraen un tanto al joven médico de sus proyectos de matrimonio; la novia admira al fogoso orador popular y al valiente y heroico combatiente de las barricadas, y se lo dice en términos entusiastas y en cartas que transcribe el joven con una cándida satisfacción; pero el padre es un reaccionario empedernido, y comienza á odiar profun-

damente á su futuro yerno: mientras la democracia triunfa disimula sus sentimientos, pero inventa mil pretextos para aplazar el matrimonio. Llega la reacción: el gorro de algodón del librero se transforma en un verdadero caso; cierra su casa al doctor, y llega hasta denunciarle á la policía. Los jóvenes enamorados son profundamente desgraciados; y pactan una alianza; él quiere emigrar y llevársela consigo; ella vacila; él la insta; es audaz y emprendedor; habla de casarse en Londres; encontrarán con qué vivir y soportarán la maldición paterna. Todo está convenido; en el último momento pierde ella el valor y se lo confiesa todo al loco furioso de su padre, que de nuevo denuncia á la policía al doctor y envía á la joven á casa de unos parientes en Brandeburgo; las cartas del desgraciado novio se quedan sin contestación; abandona á Alemania, y llega á su noticia, algunas semanas más tarde, que su amada se ha casado con otro, un rico joyero, y, á lo que parece, sin gran resistencia por parte de la novia.

Esta historia se desarrollaba en forma de cartas, conversaciones, monólogos, narraciones de citas, de visitas, de incidentes deliciosos, como todas las historias del mismo género; pero ¡qué de delirios en aquellas expansiones diarias! ¡Qué gozo exuberante experimentado en los apretones de manos y en las caricias furtivas! ¡Qué gritos de angustia cuando se aproximaba la tempestad! ¿No llegaba á tratarse de morir juntos? ¿Era posible que aquel hombre, cuyo claro espíritu, de una tranquilidad notable, recordaba la ausencia de pasión de los sabios de la antigüedad, hubiera sido sacudido por tan violentas tempestades? Parecía increíble, y el mismo Schrötter sentía la diferencia entre el que leía y el que había escrito aquello en

otros tiempos; su voz, en efecto, tenía al principio una entonación ligeramente burlona y parodiaba determinados pasajes singularmente ardientes, declamándolos con tono patético; pero aquello no duró mucho: la sinceridad de los sentimientos que resplandecía en aquellas hojas amarillentas le dominó y le transportó desde la frialdad presente hasta aquel período ardiente, alegre y doloroso de su vida; tomó en ello interés primero, luego tornóse serio, y si no hubiera bruscamente cerrado el folio en la página misma que anotaba el matrimonio de la infiel, ¿quién sabe?... En todo caso, Guillermo no se había sonreído ni una sola vez, y al concluir, sus ojos estaban húmedos; Schrötter se dió prisa á poner de nuevo el libro en su sitio; cuando volvió, había dominado sus gestos, su voz y sus miradas.

—Vea usted — dijo — un solterón razonable; como yo, ha cometido también su parte correspondiente de tonterías juveniles; pero no por eso me he saltado la tapa de los sesos, y he hecho bien, puesto que casi tengo vergüenza al confesar que me he consolado muy pronto; paso con frecuencia bajo los Tilos, por delante de la tienda de mi exnovia, y de vez en cuando la veo en medio de sus brillantes: está todavía muy hermosa, y parece feliz y contenta, más feliz y más contenta, sin duda, que si se hubiera casado conmigo; probablemente no me conocería hoy ya, y mi corazón no late más aprisa cuando la veo: tome usted ejemplo de mí.

—No estoy seguro de que no se calumnie usted un poco.

—No tenga usted cuidado—le respondió Schrötter con tono de absoluta franqueza;—mi embriaguez se calmó muy pronto y por completo; es, por lo demás, natural; desembarace usted senci-

llamente el espíritu del «objeto», que diría ese Schopenhauer que á usted gusta tanto; no creo en la teoría de Platón, que supone al alma compuesta de dos mitades que tratan de reconstituirse; la naturaleza no tiene interés en poner obstáculos al amor, ni en hacerle raro: al contrario. Hay, pues, para cada individuo de edad conveniente y en buena salud, millares de «objetos» que pueden despertar por igual su amor y corresponder á él; sólo que es preciso que no los evite.

—¿No sería eso más bien individual?

—No tengo reparo en decir que no: los caballeros Toggenburg, los pinos que aman á las palmeras, son invenciones de poetas sentimentales. En la India, los legisladores han hecho como que creían en la fidelidad hasta en la muerte, y han persuadido á las viudas, y aún á las prometidas, de que debían seguir voluntariamente á sus maridos ó á sus prometidos en la tumba; pero venían de un modo maravillosamente eficaz en ayuda á esta inmolación «voluntaria» por medio de las más terribles amenazas. He conocido á viudas de catorce años que querían á toda costa ser quemadas en la hoguera; era preciso recurrir á la fuerza para impedirles el suicidio; ¡pero si hubiera usted visto qué pronto se consolaban y se apresuraban á consumirse en otros amores! Bhâni, que está presente, es un ejemplo vivo.

Al oír pronunciar su nombre, la india había alzado la cabeza, y Guillermo había sorprendido entre ella y el doctor una mirada que revelaba de pronto relaciones, sobre cuya índole todavía no le habían parecido completamente claras; volvió en seguida la cabeza del lado del balcón, por donde penetraba la nebulosa obscuridad de una noche de otoño: se consideraba casi culpable por haber

llegado á conocer un secreto que hasta entonces á él, á Guillermo, no se le había espontáneamente revelado.